

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

HAMLET.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios,
calle de Carretas.



D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.

1856.

HAMLET,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

IMITACION DE SHAKESPEARE.

POR

DON PABLO AVECILLA.



N.º 295.

MADRID:

IMPRESA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

Al tiempo que nuestro teatro está inundado de producciones dramáticas francesas, carece absolutamente de alguna muestra del teatro inglés, y del gusto de aquel numeroso pueblo en los espectáculos. Ya por lo mismo nuestro célebre Moratin nos dió una fiel y exacta traduccion del siempre aplaudido drama de Shakespeare, *Hamlet*, para ofrecernos un modelo perfecto del gusto de aquel pais; pero el traductor español se limitó á hacer una version fiel y genuina de esa gigante produccion que tanto ha llamado la atencion de toda la Europa literaria. Imposible fuera presentarla en escena con todos los defectos del original, que diestramente conservó nuestro ilustrado Inarco Celenio, y yo concebí el pensamiento de arreglarla al teatro español sobre la traduccion de tan ilustre pluma.

Para ello ha sido preciso variar en todo la marcha y desenlace de la accion; variar el carácter de los personajes, y modelarlos á un gusto racional; ha sido preciso al fin variarlo todo y aprovechar únicamente los magníficos y sorprendentes cuadros poéticos que Shakespeare nos ofrece, vertidos al castellano por la inimitable pluma de Moratin.

El público hallará en esta produccion una muestra del gusto inglés en los espectáculos, y hallará sobre todo situaciones eminentemente trágicas y nuevas, imágenes magníficas y sublimes, y un todo diferente de lo que ve generalmente en nuestra escena.

PERSONAS.

CLAUDIO, *Rey de Dinamarca.*

GERTRUDIS, *su esposa, madre de Hamlet.*

HAMLET, *Príncipe de Dinamarca.*

HORACIO, *Sumiller de Corps.*

POLONIO, *id. y padre de*

OFELIA, *dama de Palacio.*

MARCELO, *guardia de id.*

CORNELIO, *id. id.*

CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Dinamarca, en el palacio real de
Elsingor.

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley á quien sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

ACTO PRIMERO.

Gran salon de recibimiento en el palacio real de Elsingor.

ESCENA PRIMERA.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—HAMLET.—POLONIO.—OFELIA.—
Caballeros.—Acompañamiento.

CLAUDIO. (*A los caballeros y acompañamiento.*) Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está en todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino se observe la imagen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que á un tiempo fué mi hermana, y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion, si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cán-

ticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido.

CAB. 1.º Vuestro pueblo espera hallar en Claudio un digno hermano y sucesor del virtuoso Hamlet.

CLAUDIO. Tales serán mis desvelos: yo os lo juro.

CAB. 2.º Dinamarca os recomienda el precioso vástago de los reyes daneses, al jóven Hamlet.

CLAUDIO. Seré su padre: yo os lo juro... (*Se retiran los caballeros y acompañamiento.*) Pero tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo, ¿qué sombras de tristeza te cubren siempre?...

HAMLET. (*Siempre sepultado en profunda melancolia y con vestiduras negras.*) Al contrario, señor; estoy demasiado á la luz.

GERTR. Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET. Sí señora, á todos es comun.

GERTR. Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET. Aparentar!... No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento, bastáran por si solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad, pero son acciones que un hombre puede finjir... (*Tocándose el pecho.*) Aquí, aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia; lo demás no es otra cosa que atavios y adornos del dolor.

CLAUDIO. Bueno y laudable es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no de-

bes ignorarlo; tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconuelo, es una conducta de obstinacion impia. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, una alma indócil, un talento limitado y falta de luces. ¿Será bien que el corazon parezca queriendo néciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que hieren nuestros sentidos? Eso es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira... «mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre.

GERTR. Sí, Hamlet, refrena tu dolor, y aquí en tu palacio, á nuestro lado, hallarás el bálsamo de la calma, y nos harás felices.

HAMLET. Obedeceros en todo será mi primer conato.

CLAUDIO. Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid: la sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el estrépito popular, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el brindis de la guerra: venid. (*Salen Claudio, Gertrudis, Hamlet, y Polonio llama á Ofelia que tambien se retira.*)

ESCENA II.

POLONIO.—OFELIA.

POLONIO. Ofelia, espera.

OFELIA. Qué me quereis, señor?

POLONIO. Acabaron tus amores con Hamlet.

OFELIA. Aun no entendeis mi llanto.

POLONIO. Y á qué tanta congoja? El frívolo obsequio del Príncipe debieras considerarle como una mera cortesía, un hervor de la sangre; una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece: hermosa, no durable; perfume de un momento y nada mas.

OFELIA. *(Con dolor.)* Nada mas!...

POLONIO. Pienso que no... puede ser que él te amára con sinceridad, sin que manchára borron alguno la pureza de su intencion; pero debieras temer al considerar su grandeza. Él no tiene voluntad propia, y vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde; no puede como una persona vulgar elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino, y por tanto esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de que es cabeza.

OFELIA. Me amaba tanto!...

POLONIO. Si te amaria, pero considera cual pérdida padeciera tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia, teme, hija mía; no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro colocándote fuera del tiro de los amargos deseos. La doncella mas honesta es libre en exceso si descubre su belleza al rayo de la luna: la virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se

rompa, y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. La juventud, aun cuando nadie la combata, halla en si misma su propio enemigo.

OFELIA. Si, ya os he complacido... pero ¡ay padre! me hablaba de amor con tan honesta apariencia, autorizaba cuanto me decia con tan sagrados juramentos...

POLONIO. Yo sé muy bien cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto, y no debieras tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal... Pero al fin, cómo oyó el principe tu desvío?

OFELIA. Ese recuerdo es el que me despedaza el corazon. Si le oyérais, si le viérais!

POLONIO. Y pálida te estremeces...

OFELIA. Me asió una mano, y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y fijó la vista en mí como si quisiera traspasarme hasta el corazon. Así permaneciò largo rato, hasta que sacudiéndome el brazo y moviendo con arrebató su cabeza, comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino: saliò de la puerta sin verla, y al pasar por ella tornó á fijar en mí la vista con espanto. Ah! sí, padre, me adoraba!

POLONIO. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Temí que fuera solo un artificio suyo para perderte. Sospecha indigna! ah! tan propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Pero dime, le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA. No señor: en cumplimiento de lo que me mandásteis, solo le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO. A qué buscar otra causa de su melancolia!

- OFELIA. Siempre le hallo desde entonces pálido y macilento, exhalando hondos suspiros, clavados los ojos en la tierra, rezando incesantemente, y tal vez mortificando su cuerpo.
- POLONIO. Los reyes y todo el pueblo solo atribuyen tan profundo abatimiento á la reciente y desgraciada muerte de su tierno padre. Vamos, vamos á ver á los monarcas; conviene que lo sepan. Si les ocultamos este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiéramos causarles teniéndole oculto, que el disgusto que recibirian al saberlo. Vamos, hija mia.
- OFELIA. Pero entonces, señor. Ah! (*Viendo venir á Hamlet.*) Hamlet! evitemos su vista; sí, vamos. (*Salen Polonio y Ofelia, y entran por el lado opuesto los de la escena siguiente: Hamlet siempre en una profunda melancolía.*)

ESCENA III.

HAMLET.—HORACIO.—CORNELIO.—MARCELO.

- HAMLET. Querido Horacio, ¿y han pasado dos noches sin que te viera?
- HORAC. Tanto debo á vuestro afecto?
- HAMLET. Sí, bien lo sabes; y no creas que es lisonja, tú me conoces. Los que tienen almivarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardón. Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirles, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se avienen con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón; sí,

en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo.

HORAC. Seré el mas venturoso de los hombre, si lograra corresponderos á tanto cariño.

HAMLET. Cornelio, Marcelo, tambien os quiero á vosotros.

CORNEL. Vos nacisteis para amar.

MARCEL. Y Dinamarca os adora.

HAMLET. *(Con horror.)* Tambien sé por desgracia aborrecer, si... aborrecer...

HORAC. Y será interminable vuestra tristeza? Perdisteis un padre, un tierno padre; pero al fin era mortal, y pudieran distraeros las bodas de vuestra madre.

HAMLET. Las bodas de mi madre! Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... Oh! Yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo antes que ver aquel dia!... Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

HORAC. En dónde, señor?

HAMLET. Con los ojos del alma, Horacio.

HORAC. Señor, yo creo que le ví anoche.

HAMLET. Le viste?... á quién?

HORAC. Al Rey vuestro padre.

HAMLET. Al Rey mi padre!...

HORAC. Prestadme oido atento. suspendiendo un momento vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos dos amigos.

HAMLET. Sí, por Dios, dimelo.

HORAC. Marcelo y Cornelio le habian ya visto, hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura, semejante á vuestro padre, armado segun él solia de piés á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y magestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprinia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados por el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible, voyme á la guardia con ellos por la

noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, asi en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió, señor: yo conocí á vuestro padre; ó es tan parecido á él como lo son entre si estas dos manos mías.

HAMLET. En dónde fué eso?

CORNEL. En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET. Y no le hablásteis?

HORAC. Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la visera, haciendo con ella un movimiento como si fuera á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET. Es cosa bien admirable!

MARCEL. Y tan cierta como mi propia existencia. Hemos creído que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Principe.

HAMLET. Sí, amigos, si... pero esto me llena de turbacion... Estais de centinela esta noche?

CORNEL. Sí señor.

HAMLET. Decís que iba armado?

HORAC. Sí, armado.

HAMLET. De la frente al pié?

MARCEL. Si señor, de piés á cabeza.

HAMLET. Luego no le visteis el rostro?

HORAC. Le vimos, porque traía la visera alzada.

HAMLET. Y qué, parecia que estaba irritado?

HORAC. Mas anunciaba su semblante el dolor que la ira.

HAMLET. Pálido ó encendido?

HORAC. No, muy pálido.

HAMLET. Y fijaba la vista en vosotros?

HORAC. Constantemente.

HAMLET. Yo hubiera querido hallarme allí.

MARCEL. Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET. Sí, es verdad, si... y permaneció mucho tiempo?

HORAC. El que puede emplearse para contar de uno á ciento con moderada diligencia.

CORNEL. Mas, mas estuvo.

HORAC. Cuando yo lo vi, no.

HAMLET. La barba blanca, eh?

HORAC. Lo mismo que cuando vivía, de un color ceniciento.

HAMLET. Quiero ir con vosotros esta noche al puesto por si acaso vuelve.

CORNEL. Oh! si volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET. Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que asi como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadle al pensamiento, pero no á la lengua, y yo sabré remunerar vuestro celo. Adios, retiraos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

HORAC. Descansad en nuestro amor.

ESCENA IV.

HAMLET.

El espíritu de mi padre... con armas... qué asombro! Recelo alguna maldad... Oh! si ya hubiese llegado la hora!.. Esperaré tranquilo... Aunque las entrañas de la tierra oculten los crímenes, la Providencia vela para su venganza...
(*Queda en profunda meditacion.*)

ESCENA V.

HAMLET.—POLONIO.—CLAUDIO.—GERTRUDIS.

POLONIO. (*Observando á Hamlet desde los bastidores.*)
Vedle, monarcas: los ojos clavados en la tierra, pálido...

GERTR. Qué triste abatimiento, querido hijo!

CLAUDIO. (*Acercándose á Hamlet.*) Hamlet, Hamlet, hasta cuando nos llenarás de amargura con tu profunda melancolia?

HAMLET. (*Advirtiendo, pero como enagenado.*) Son ya las once?

GERTR. Conque así fatigas tu imaginación?

HAMLET. (*Con afectada tranquilidad.*) Pensaba en la naturaleza humana, en la admirable fábrica del hombre! ¡Qué noble su razón, qué infinitas sus facultades, qué espresivo y maravilloso en sus formas y movimientos, qué semejante á un ángel en sus acciones, y en su espíritu qué semejante á Dios! Pues no obstante, no juzgueis que me es de grande estimación ese purificado polvo. El hombre no me deleita y menos la mujer.

POLONIO. (*Despacio á Gertrudis.*) Ois, señora?

GERTR. Sabes que tienes una madre que te adora; vuelve á tu contento; yo te lo juro, tu amor te llenará de delicias.

HAMLET. (*Con vehemencia.*) Mi amor; si, mi amor me ha arrebatado de poco tiempo á esta parte la alegría, y ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre magestuosa, sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestifera multitud de vapores... Pero me hallo fatigado; voy á rezar, á implorar la misericordia divina por aquella alma en pena...

ESCENA VI.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—POLONIO.

CLAUDIO. ¿Observásteis su semblante, la penetración y terror de sus miradas? No, no solo el amor de Ofelia le despedaza, alguna otra fatal y secreta causa le devora.

GERTR. Siempre fué melancólico, siempre fué tan sensible que el desvío de Ofelia habrá sido bastante á sepultarle en el letargo.

POLONIO. Ofelia me ha jurado que fué visible su trastorno. Ved el lenguaje ardiente de esta carta (*Dando*

una carta á Claudio.) y será quizá suficiente á convencerlos.

CLAUDIO. (*Leyendo.*) «Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia.»

GERTR. Y esa carta se la ha mandado Hamlet?

POLONIO. Y Ofelia me la ha entregado.

CLAUDIO. (*Leyendo.*)

*Duda que son de fuego las estrellas;
duda que al sol el movimiento falta;
duda de un Dios cuando sublime truena,
pero no dudes de mi amor las ansias.*

HAMLET.

GERTR. Y tú, Polonio, mandaste á Ofelia que desoyera sus amores?

POLONIO. Qué pensará de mí Vuesa Alteza si hubiese tolerado? ¿si haciéndome violencia á mi propio, hubiese permanecido silencioso y mudo mirándole con indiferencia? Hija, la dije, Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera; esto no puede pasar adelante. Y la mandé que se encerrase en su estancia sin recibir recados ni admitir presentes; y ella, señora, solo ha hecho llenar mis preceptos.

GERTR. Ah! si la rara hermosura de Ofelia fuese el dichoso origen de la melancolía de Hamlet! Entonces debiéramos esperar que sus amables prendas pudieran para su mútua felicidad restituirle su perdido contento.

CLAUDIO. No, no sería bastante; no he visto en su frente el dolor ni el abatimiento; he visto envueltos el terror y los furios. Pero, Gertrudis, la grandeza y la córte nos espera... vamos.

GERTR. Y cuidaremos de Hamlet.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran esplanada delante del Palacio Real de Elsingor: noche oscura y tempestuosa.

ESCENA PRIMERA.

MARCELO.—CORNELIO, *con armadura, espada y lanza.*

MARCEL. Bien sabes que no temo los peligros; pero ahora tiemblo con espanto, y si no me acompañaras no pudiera sobreponerme al terror que hiela mis miembros.

CORNEL. (*Imitará la escena lo que dice el recitado.*) El lúgubre aspecto de estas antiguas murallas, el hondo silencio que reina en los profundos fosos, el sordo silbido de los vientos, el penetrante gemido de las ondas, el negro manto de la noche, el encapotado cielo, el trueno pavoroso, todo inspira un terror religioso á que cedieran las mas robustas almas.

MARCEL. A cada instante me parece que rasgándose los cielos, vuelve á presentárenos la espantosa vision.

CORNEL. Ay Marcelo! qué asombro! qué triste presagio!

MARCEL. Si otra vez apareciese, si helado de terror cayese en mortal congoja, no, amigo, no me abandones.

CORNEL. Aun tendremos valor bastante para soportar su vista, y Horacio, Horacio que impávido se atre-

vió anoche á hablarla, sabrá inspirarnos de-nuedo.

MARCEL. Pero ya han dado las once, y ni aun pasos se oyen por estos solitarios contornos.

CORNEL. Acaso detenido por Hamlet... pero calla (*Escuchando.*) me parece oír un leve rumor de armas... Sí, ya le percibo distintamente. Quién vive? (*En voz alta.*)

ESCENA II.

Dichos.—HORACIO.

HORAC. Cornelio, amigos.

MARCEL. Te esperábamos con impaciencia.

HORAC. Y qué, ha vuelto á aparecer la vision?

CORNEL. No, nada hemos visto.

HORAC. Y aun no ha venido Hamlet?

CORNEL. Creíamos que tú le acompañaras.

HORAC. No, no le he visto, y ya media la noche.

MARCEL. Allá en el lejano horizonte se abre el cielo en pálidas llamas. Acaso el ronco y formidable trueno anunciará la aparicion de la sombra. (*Relampaguea y truena sucesivamente con mas frecuencia.*)

CORNEL. Yo no comprendo esta terrible vision; pero en mi ruda manera de pensar pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

HORAC. Parece á la verdad un tristisimo presagio. En la época mas gloriosa y feliz de Nínive, poco antes que Nino cayese, quedaron vacíos los sepuleros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo en voz confusa: las estrellas resplandecieron con encendidas coias, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celages funestos, y la luna padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiera llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que anuncian los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos lo han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente.

CORNEL. Infeliz Dinamarca!

- MARCEL. Mi acalorada fantasía me presenta la visión á cada instante.
- HORAC. La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo, habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo, donde ahora resplandece, al tiempo que el reloj daba las doce, fué el momento de aparecerse nos.
- CORNEL. Y á la voz del gallo, al punto se estremeció, cual delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que al despuntar el lucero matutino, todo estraño espíritu errante por la tierra, ó por el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro, y la fantasma que hemos visto acaba de confirmarnos la certeza de esta opinion.
- HORAC. Ya toca la estrella el mismo punto que anoche tocaba á la aparicion, y aun Hamlet no llega.
- CORNEL. (*Se aumenta la tempestad.*) El firmamento redobla su terror, y el trueno cual la voz de los inmortales, llena de terror á la tierra.
- MARCEL. (*Aparecerá en el fondo del teatro la sombra del rey Hamlet, con todas armas, manto real, yelmo y la visera alzada. Los de la escena quedarán aterrados.*) Oh!... Miradle!...
- CORNEL. Amparo!!
- HORAC. Prodigiosa fantasma!
- CORNEL. Con la misma figura que tenia el difunto Rey. (*Despues de un intervalo de terror.*)
- HORAC. No se parece todo al Rey? Mirale, Cornelio.
- CORNEL. Muy parecido es; su vista me conturba con miedo y espanto.
- MARCEL. Querrá que le hablen?
- CORNEL. Háblale Horacio.
- HORAC. (*Adelantándose hácia la sombra.*) Ah! sí, ¿quién eres tú que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la magestad del soberano dinamarqués, que yace en el sepulcro? Habla, por el cielo te lo pido.
- MARCEL. (*La sombra va desapareciendo lentamente.*) Parece que está irritado.
- CORNEL. Vés? se va como despreciándonos.
- HORAC. Detente, habla; yo te lo mando, habla.

- CORNEL. Detente, habla.
HORAC. Le daré con mi lanza?..
CORNEL. Sí, herirle si no quiere detenerse. (*Desaparece la sombra.*)
HORAC. Se ha ido; nosotros le ofendemos con hacer demostraciones de violencia. Bien que segun parece es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.
CORNEL. No es enteramente parecido al Rey?
HORAC. Como tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega; y asi le ví arrugar sañuda la frente, cuando en una alteracion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo de un solo golpe.... Estraña aparicion es esta!
MARCEL. Pero pasos sueñau... Hamlet.

ESCENA III.

Dichos.—HAMILET armado.

- HORAC. (*A media voz.*) Hamlet.
HAMLET. Yo soy.
HORAC. Y cómo tanto tardaste? Ahora mismo, ahora mismo acaba de desaparecer la sombra de vuestro padre y nuestro rey.
HAMLET. La sombra de mi padre!! Y ya desapareció, y vosotros la visteis!!
HORAC. Y yo la hablé; pero no quiso responderme.
HAMLET. Desdichado de mí!
CORNEL. No temais, acaso volverá.
HORAC. Y cómo así tardásteis?
HAMLET. Porque constantemente me han seguido los incestuosos reyes... Y volverá?
HORAC. Aquí esperamos la aurora.
HAMLET. (*Como distraido, contemplando con admiracion el cielo al oír los truenos.*) Qué espectáculo tan magnífico! Qué estrellado firmamento! La voz del Señor trueno espantosa! Ay amigos! qué dulce melancolía se derrama en una alma sensible contemplando esos fulgentes ojos de los

cielos, esas estrellas inmortales... Pero decid, su sombra estaba irritada?

TODOS. Si, irritada.

HAMLET. Irritado aquel escelente Rey, tan amante de mi madre que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro... Cruel memoria! Amigos, ella que se mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos, y en un mes, en un mes, enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó, se casó con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecida á él, que yo lo soy á Hércules! Oh delinvente precipitacion! Ir á ocupar con tanta diligencia un lecho incestuoso!

MARCEL. *(La sombra vuelve á aparecer en lontananza.)* Oh señor!! veis? ya viene!

HAMLET. Angeles y ministros de piedad, defendednos.— Hamlet, *(Se aterrara al ver la sombra, y despues de un intervalo, Hamlet se adelanta hácia ella)* mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca. Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime por qué tus venerables huesos ya sepultados han roto sus vestiduras fúnebres; por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado fuera de si, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Por qué tu difunto cuerpo todo armado torna otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror, y que nosotros ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden al alcance de nuestra razon?

MARCEL. *(La sombra hace movimientos que indican llamar á Hamlet.)* Os hace señas de que le sigais.

HORAC. Con qué espresivo ademán os llama, pero no hay que ir con él, no!

CORNEL. Ah, no!

HAMLET. Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORAC. No hagais tal, señor.

HAMLET. Y por qué no? Qué temores puedo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal? Otra vez me llama: voyle á seguir.

HORAC. (*Quieren detener á Hamlet, pero les repele con violencia y les sigue.*) Pero señor, si os arrebatá al mar, ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impedirnos el uso de la razon y enagenarla con frenesi... Ah! ved lo que haceis; el lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en lo profundo su bramido ronco.

HAMLET. Todavía me llama! camina, ya te sigo.

CORNEL. No, no ireis.

HAMLET. Dejadme.

HORAC. Creedme, no le sigais.

HAMLET. Mis hados me conducen, y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama; oh! apartad esas manos, por Dios, ó quedará muerto á las mias el que me detenga. Otra vez te digo que andes, ya te sigo.

(*Hamlet deshaciéndose de los que le detienen, sigue á la sombra que va desapareciendo; estallar á un espantoso trueno, caerá una manga de fuego: la sombra y Hamlet desaparecen, y Horacio, Cornelio y Marcelo, caerán aterrados.*)

ESCENA IV.

HORACIO.—CORNELIO.—MARCELO.

HORAC. (*Incorporándose lleno de terror despues de un largo intervalo.*) Hamlet! Ay Hamlet!!

CORNEL. Horacio!

HORAC. En vano quiero sacudir el terror que me hiela... Hamlet, desdichado Hamlet.

MARCEL. Qué asombro! qué espanto!

CORNEL. Visteis arder el cielo, erugir los robustos palos, y retemblar la tierra. Oh sublime sombra!

HORAC. (*Mirando con terror por la escena.*) Oh Principe! No, amigos, no le volveremos á hallar; para

- siempre Hamlet y la vision desaparecieron.
- MARCEL. Infeliz!
- CORNEL. Tal vez sumergido en las bramadoras hondas siente todo el horror de la agonía; tal vez la sombra le ha despedazado entre sus manos, y ni sus cenizas conservar podremos oficiosos.
- HORAC. O allá le sepultó en los hondos centros de la tierra, ó arrebatado por el éter, ya huella esas transparentes bóvedas.
- MARCEL. Qué enlutado destino se oculta á Dinamarca!
- CORNEL. Tal vez aquel fuego aterrador que brillaba es la imágen de la sangre que ha de enrojecer nuestro suelo.
- HORAC. Oh víctima inocente! Hamlet no pudo irritar al cielo; Hamlet era virtuoso, Hamlet penetraba la armonía del Universo, y sabia sentir.
- MARCEL. *(Hamlet aparecerá en el fondo pálido y desencajado; los de la escena se retiran horrorizados creyendo que es su sombra, y Hamlet va llegando con pasos fluctuosos.)* Oh! Es su sombra, piedad!
- CORNEL. } Oh !!
- HORAC. }

ESCENA V.

Dichos.—HAMLET.

- HAMLET. *(Mirando con asombro por todas partes.)* Será todo ilusión! Huella la tierra? El palacio del bárbaro!! *(Reconociéndoles.)* Amigos.
- HORAC. El es!
- CORNEL. } *(Le abrazan.)* Hamlet!
- MARCEL. }
- HAMLET. *(Enagenado.)* Acordarme de ti! sí, alma infelice, mientras haya memoria en este agitado mundo. Acordarme de ti!! Sí, yo me acordaré.
- HORAC. Hamlet!
- CORNEL. } Príncipe!
- MARCEL. }
- HAMLET. Sí; por los cielos te lo juro... Oh! malvado!

malvado!... halagüeño y execrable malvado!

MARCEL. Delira el infeliz.

HORAC. Serena tu razon; estás con tus amigos.

CORNEL. Qué os ha sucedido, señor?

HAMLET. Oh! un portentoso.

HORAC. Confiad el secreto á nuestra amistad.

CORNEL. } Lo juramos.

MARCEL. }
HAMLET. Lo jurais; tenéis virtudes; impenetrable será en vuestro pecho el arcano de esta portentosa noche.

HORAC. Y la losa de nuestra tumba sellará mas el secreto. Hablad, señor, hablad.

HAMLET. A mis conturbados ojos ardió la naturaleza, rasgáronse los cielos, restalló el trueno pavoroso, y arrebatado en mortal estupor, sí, (y no será ilusion) me ví en las cóncavas cuevas que forman las asperezas de esa montaña para sostener el furor del mar irritado.

HORAC. Y nosotros por mucho tiempo perdimos el sentido á vista del pavoroso espectáculo.

HAMLET. Allí la venerable sombra arrancó un gemido, que corrió penetrante por las asperezas. Ah! sí, es un difunto venerable, si; yo os lo juro, pero reprimid el deseo de saber lo que entre él y yo ha pasado.

HORAC. Y olvidareis nuestro juramento? No fiareis en nuestro eterno secreto?

HAMLET. (*Con vehemencia.*) Y me pidió venganza, sí, venganza!

CORNEL. Nuestras diestras empuñarán los hierros aterradores.

HAMLET. (*Id.*) Yo soy el alma de tu padre, exclamó, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y apriisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometi en el mundo. Oh! si no me fuera vedado revelarte los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon, helar tu sangre juvenil, tus ojos inflamados como estrellas saltar de sus órbitas, tus anudados cabellos separarse herizándose como las puas del colérico espiu... Pero

- ... citar horribles misterios no son para oídos profanos. Ay! atiende: si tuvieras amor á tu tier- no padre...
- MARCEL. }
CORNEL. } Oh Dios!!
- HAMLET. Venga su muerte, venga un homicidio cruel, atroz, un homicidio...
- HORAC. Revela todo el secreto para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos nos precipitemos á la venganza.
- HAMLET. Un asesino, dijo, un bárbaro asesino me arrebató la vida, cuando mi pecho estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber sonado el clamor de la agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa: presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no...
- HORAC. Seguid.
- HAMLET. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron engañados groseramente con esta fabulosa invencion; pero tú debes de saber, hijo mio, que la serpiente que mordió á tu padre... No, no dijo mas... Adios, exclamó, Hamlet, ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día, derramando el ambiente de la mañana, y tengo que volver á los sulfúreos tormentos... Adios! venganza! adios! y desapareció de mis ojos espirantes.
- HORAC. Y el asesino?
- HAMLET. Tal vez mañana volverá la respetable sombra á turbar la quietud de las tinieblas, y entonces me lo revelará... Sí, todo lo sabreis.
- CORNEL. Cuántos crímenes quedarán envueltos en el misterio!!
- MARCEL. Príncipe, sabeis nuestro amor.
- HAMLET. Sí, bien os conozco; pero jurad por mi espada que nunca revelareis los prodigios de esta noche.

TODOS. Sí, lo juramos.

HAMLET. (*A Marcelo y Cornelio.*) Amigos, retirad: id á cubrir vuestros puestos: pronto nos veremos.

CORNEL. Sabéis que sé arrostrar los peligros.

MARCEL. Sabéis que es vuestra mi espada.

HAMLET. Adios, amigos.

ESCENA VI.

HAMLET.—HORACIO.

HAMLET. (*Con precipitacion, pero con reserva.*) La serpiente que mordió á tu padre ciñe la corona, dijo la sombra. Sí, aquel incestuoso, aquel mónstruo adúltero, tu madre, olvidando mi puro cariño, olvidando mi fidelidad á los solemnes juramentos que la hice en nuestro desposorio, me aborreció y se riñdió á sus halagos.

HORAC. Oh bárbaros!!

HAMLET. Dormía en el jardin, y tu tio derramó en mi oído un licor ponzoñoso, sutil como el mercurio, y que se dilata por todos los conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre. ¿Y sufrirás, clamaba, que él tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto? Adios, adios; acuérdate de mí.

HORAC. Venganza, Hamlet, venganza!

HAMLET. Sí, descansa, descansa, agitado espíritu. Pero aun es preciso finjir, Horacio. Meditaremos el golpe, y será espantosa la venganza, espantosa. Sígueme, Horacio.

HORAC. El furor levantará nuestro brazo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

HAMLET.—HORACIO.

HAMLET. No, Horacio; no me es dado sacudir el terror que aun hiela mis miembros. La sombra de mi padre, oh desdichado! allá entre eternas llamas espía los crímenes que un pérfido parricida no le permitió borrar con el humilde arrepentimiento.

HORAC. Desventurado monarca!

HAMLET. Aun vive, amigo, Hamlet; aun vive para terror del incestuoso regicida, y para vengar el negro crimen.

HORAC. Venganza, Hamlet; aplaca la irritada y venerable sombra.

HAMLET. Sí, que devora á mi pecho una hidrópica sed que solo aplacará la sangre del malvado. Pero ay, Horacio! tú sabes cuánto adoré á mi padre, cuánto ansiaré su venganza; pero me horroriza la sangre; no soy un hircano tigre que de sangre me alimento. Una duda atroz me atormenta.

HORAC. Decid, señor.

HAMLET. Esa pavorosa vision que conturba las leyes de la naturaleza, ¿no pudiera ser un espíritu infernal que levantára mi brazo parricida? ¿No pudie-

ra anoche ser todo un sueño, un sueño de terror?

HORAC. Por tres veces apareció la sombra, y por tres veces vimos distintamente el arnés de vuestro padre, su aspecto magestuoso; por tres veces vinimos á vuestro mismo padre irritado, amenazante...

HAMLET. Pidiéndome venganza.

HORAC. Las circunstancias que os dió de su muerte deben deshacer toda sospecha.

HAMLET. Y el presentimiento que grita en mi pecho, que arrebató mi razón, que enciende mis iras y pone mi diestra en movimiento; sí, todo me convence: pero escucha: aun yo quiero añadir otra prueba. He mandado ensayar para esta noche la tragedia de la muerte del conde Gonzago, que tiene la mayor semejanza con la muerte de mi padre. Fácil nos será hacer que Claudio asista al espectáculo, y los hombres culpables son heridos en el alma con tal violencia por la ilusión del teatro, que á vista de todos publican sus delitos. Nosotros á su lado le observaremos; si muda de color, si se estremece...

HORAC. El asesino fué...

HAMLET. Y será espantosa la venganza.

HORAC. Pero fingid serenidad y contento; arrancad de vuestro semblante esa profunda melancolía mensajera del huracán furioso.

HAMLET. Todo me favorece: los desvíos de Ofelia son creídos suficiente causa á mi tormento. No temas. (*Viendo llegar á Claudio.*) Oh! su sola vista me estremece de terror, inflama mis ojos, heriza mis cabellos.

ESCENA II.

HAMLET.—HORACIO.—CLAUDIO.—GERTRUDIS.

GERTR. (*Dirigiéndose cariñosa á Hamlet.*) Querido Hamlet, hijo mio.

CLAUDIO. Tu madre te buscaba solícita; no te ha encontrado en tu habitación, ni hoy cual de costum-

- bre has ido á saludarla... Pero siempre Hamlet con los ojos clavados en la tierra, exhalando profundos suspiros y estremeciéndote cual el esclavo á la irritada voz de su señor.
- GERTR. Si, adorado Hamlet; hoy mismo te ha de deber nuestro amor la confianza de tus secretos. Tal vez dichosos podremos suministrarte el saludable bálsamo que cicatrice tus heridas.
- HAMLET. Es verdad; he perdido por algunos momentos la alegría, pero otra vez volverá mi alma á su contento. Ahora sí, ahora sí soy muy desgraciado.
- GERTR. Acaba de romper todo el secreto: el fuego que te anima; la ternura de tu alma; la lozanía de tu edad juvenil. Ay Hamlet, amor sin duda...
- HAMLET. *(Con vehemencia.)* Si, amor, amor me devora, me arrebató el contento y me sepulta en la melancolía. Si, amor, un amor puro, sin mezcla de profano, semejante al de los inmortales.
- CLAUDIO. Y solo amor, Hamlet?
- HAMLET. Si vos no sufristeis todo su infernal fuego, preguntad á mi madre, á mi madre que ha sentido toda su violencia, que algun día la ha arrastrado como un furioso torrente.
- GERTR. *(Claudio y Gertrudis se estremecen.)* Si, querido Hamlet, el amor será bastante para empalidecer tu rostro, y marchitar tus ojos centellantes... pero calma tu corazón, yo haré que sea tu amor correspondido.
- HAMLET. Oh, mi amor, no señora: ya quedará satisfecho.
- GERTR. Serénate, Hamlet, y abandona tu suerte en manos de tus tiernos padres, que tanto anhelan tu felicidad.
- HAMLET. Ya me esfuerzo, señora; pero nada es bastante á arrancar de un alma la melancolía. Para el desgraciado, cebarse en su dolor es su mejor consuelo. Abrumada mi razón de melancólicas ideas, solo en lo sublime, en lo que inspira terror y espanto, encuentra su consuelo; y para daros una prueba de que procuro distraerme, he mandado que esta noche ejecuten en la sala de espectáculos, una terrible tragedia, muy pocas veces ejecutada: allí gemiré con la víctima,

allí cebaré mi sentimiento, y despues sacudiendo la ilusion, volveré al mundo fisico, y tal vez me hallaré menos desdichado.

CLAUDIO. Y tambien nosotros te acompañaremos.

GERTR. Y yo te juro que volverás á ser feliz.

HAMLET. Así me lo pronostica el corazon... Ah! pero voy un momento á mi rezo, á levantar las palmas á los cielos por aquel desdichado padre, que sorprendido por una serpiente, si, por una serpiente, murió con todas sus culpas, y acaso espia en los tormentos sus debilidades humanas.

ESCENA III.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—HORACIO.

CLAUDIO. Tú, Horacio, que tanto debes á su amistad, habla, te pregunta tu monarca. ¿No le has arrancado el secreto que tanto le oprime?

HORAC. Hondos suspiros, ardiente lloro son las únicas confianzas que le he merecido. Sin embargo, podria asegurarnos con vehementes indicios la causa positiva de sus males.

CLAUDIO. } Dí!!!

GERTR. }

HORAC. Hamlet ha amado á Ofelia con todo el fuego de su alma, y viendo admitidas sus caricias, su amor degeneró en un volcan furioso. Ofelia, ingrata á tanta ternura, le ha devuelto sus billetes, se ha negado á sus obsequios y á sus visitas, y Hamlet es víctima de su pasion devoradora.

CLAUDIO. Y nada mas, Horacio? Tú le debes su confianza.

HORAC. No le debo, señor, otros secretos.

GERTR. Busca á Polonio y Ofelia, diles que vengan, que es preciso salvar al Principe á costa de cualquier sacrificio.

ESCENA IV.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.

CLAUDIO. Cada vez, querida Gertrudis, me llenan mas de terror la melancolía y tenebrosas palabras de Hamlet. Preguntad á mi madre, que el amor la ha precipitado como un torrente.

GERTR. No, Claudio, él te ama.

CLAUDIO. Voy á levantar las palmas por mi padre, decia con una voz confusa que arrancaba de lo profundo de su pecho, revolviendo con terror sus miradas. ¿Acaso, Gertrudis, pudiera haber penetrado en las densas tinieblas que envolvieron la muerte de su padre?

GERTR. Oh Dios! pero no, Claudio, tú solo, sin testigos, cuando dormía, entre espesos celages, derramaste en su oído el licor venenoso.

CLAUDIO. Si, y ningun mortal lo vió, yo te lo juro; solo allá desde el cielo pudo un ojo penetrante...

GERTR. Su cuerpo sin herida alguna tranquilizó los ániminos, y se le creyó mordido de serpiente venenosa... Ay Claudio, cuánto me cuesta tu amor!

CLAUDIO. Pero serás dichosa.

GERTR. Si, sí!... mas miro con espanto grabado con sangre en las eternas bóvedas el nombre atroz de parricida.

CLAUDIO. No quieras ser débil y confesar tu flaqueza.

GERTR. Creo llevar en mi frente el sello de mi delito, y tiemblo de mí misma como de mi mas implacable delator.

CLAUDIO. Basta de debilidad y pensemos solo en asegurar nuestra ventura... Oye, es preciso calmar mi sobresalto. Hamlet, tu hijo me llena de terror con sus miradas; hoy mismo, Gertrudis, hoy mismo habrá de salir de Elsingor y de Dinamarca.

GERTR. Qué dices! mi adorado hijo?

CLAUDIO. Sí; Hamlet; pero está muy querido de la fanática multitud, y conviene para mantener la tranqui-

lidad, que su repentina ausencia aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables ó se alivian con desesperados remedios. Finjiremos un importante mensaje sobre los armamentos del jóven Fortimbrás, y Hamlet y sus adictos no podrán penetrar el misterio.

GERTR. Y así quieres arrebatarme de mis brazos á mi querido Hamlet? Serena tu rostro, nada tienes que temer.

CLAUDIO. Corta será la ausencia, y tal vez en nuevos climas hallará el remedio de sus males.

GERTR. Esperemos al menos que Ofelia devolviéndole su amor le restituya su contento. Sí, Claudio, verás que entonces Hamlet forma nuestras delicias.

ESCENA V.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—POLONIO.—OFELIA.

POLONIO. Qué teneis que ordenar?

GERTR. Amigos, solo Ofelia, la hermosa Ofelia puede volver á Hamlet con sus caricias la alegría que le ha arrebatado. Si Ofelia amase á Hamlet...

OFELIA. Por desgracia, señora, no me es dado sofocar la llama que en mí encendieron sus obsequios. Mi padre me hizo conocer muy al principio, que mi amor con el primogénito de Dinamarca me arrastrára á los peligros de ilusorios sueños; y yo hija obediente, comencé á poner diques á una pasión que nacia del centro de mi pecho, y que me arrebatára hasta el precipicio. La razón al fin, sin que pudiera dominar mis inclinaciones, me arrastró á devolverle sus billetes, y á negarme á sus visitas.

CLAUDIO. Y bien ¿no pudiera Ofelia alimentar las esperanzas del que tanto la adora, hasta que la rueda del tiempo gastára en su fantasía la reciente idea de la desgraciada muerte de su padre?

POLONIO. El honor del sexo hermoso, cual un puro cristal, se empaña al menor aliento, y jamás Ofelia será el tiro de la indignación de Dinamarca.

- GERTR. No, Polonio; conocemos vuestras virtudes, y respetamos vuestra reputacion. Si Ofelia amase á Hamlet; si Hamlet es venturoso con Ofelia, el amor ante las sacras aras les tenderá su coyuuda.
- POLONIO. Un Principe danés no puede elegir por sí; necesita el consentimiento de su pueblo, y no se buscan solo las virtudes para dividir el tálamo del monarca.
- OFELIA. Y no puedo ser suya, porque es Principe.
- GERTR. Solo poseyéndote, podemos volver á Hamlet su contento. Te adora, y todas las hermosas serán á sus inflamados ojos, negras sombras y despreciables séres. Los daneses aman demasiado á su Principe, para no procurarle su ventura. Tu ilustre nacimiento, el crédito de tu padre, tus virtudes, tu hermosura, todo, Ofelia, les inclinará á prestar gustosos su consentimiento para vuestro enlace.
- CLAUDIO. El pueblo de Dinamarca no querrá faltar á antiguas y justas costumbres, ni el monarca danés podrá exijírselo.

ESCENA VI.

GERTRUDIS.—POLONIO.—OFELIA.

- GERTR. (*Siguiendo á Claudio con los ojos.*) Y así respondes á tanto amor y á tantos sacrificios! Y así respetas tus juramentos, y eres el padre de mi desgraciado Hamlet! No, amigos, no cual débil caña será Gertrudis arrebatada por el furor de las tempestades, siguiendo el curso de su torrente. Yo sabré conseguir el consentimiento de Dinamarca, y hacer su secreto hímenco.
- OFELIA. Yo adoro á Hamlet, y Hamlet me adora.
- POLONIO. Harto sensible me es, señora, contradecir tan generosos sentimientos; pero á pesar de haber encanecido entre los pérfidos y dorados techos, el honor ha sido mi guía, y desconociendo la doblez, siempre fué mi lengua el órgano de la

verdad. Conozco vuestro poder en Dinamarca por el amor que os granjeásteis en todos los corazones: sé que Hamlet es el idolo del pueblo, y fácil os fuera conseguir su consentimiento para el enlace; pero el Rey se opone, y sería preciso procurar la voluntad de los súbditos por secretas negociaciones que cada cual interpretará á su arbitrio. Duro fuera á los daneses prestar un consentimiento que contrariára intereses populares, y procurándolo conseguir por secretos medios, se creyera obra de la baja ambicion de Polonio, y efecto de la vil corrupcion de Ofelia.

GERTR. Y el desdichado Hamlet, será victima de su ardiente pasion, y Ofelia que le ama, escuchará sus gemidos, y reprimirá su llanto, sin poderle prestar dulce consuelo?

OFELIA. Oh señora!

GERTR. Ay amigos! cuán desdichada es la Reina de Dinamarca. Yo que he sentido todo el poder de las pasiones; yo que por ellas precipitada deramaré hasta la tumba un llanto ardiente que sin desahogar mi pecho abrasa mis mejillas, yo no podré prestar alivio á un amor puro, celestial...

POLONIO. Tal vez cederá y entonces...

GERTR. (*Viendo á Hamlet por las habitaciones interiores y le llama.*) Miradle, qué pálido, qué abatido. Hamlet! (*Entra despacio en la escena.*) querido Hamlet!

POLONIO. Desgraciado Principe!

OFELIA. Padre mio!

ESCENA VII.

Dichos.—HAMLET.

GERTR. Acaso ahora, Hamlet, hallarán tus ojos algun objeto que alivie tu melancolia.

HAMLET. (*Distraido.*) Ay madre! El sol radiante para mí perdió todo su brillo, y el suelo envuelto en tinieblas solo me presenta horrores.

GERTR. Ya sé todo el secreto; tú adoras á Ofelia.

HAMLET. Yo... es verdad... me fué dado amar allá en felices días, pero...

GERTR. Tendrán pronto término tus males; la sagrada coyunda te mirará á tu hermosa Ofelia; ella te ama, y otra vez volverás á tu contento.

HAMLET. (*A Ofelia con vehemencia.*) No te cases, no; aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Todos somos insignes malvados; no creas á ninguno! vete, vete á la soledad de un desierto; allí contemplarás la naturaleza, allí lejana de los hombres no verás sus maldades.

OFELIA. Oh Dios!

POLONIO. No os dejéis arrebatar de un delirio que trastorna vuestra razon.

GERTR. Hamlet, Hamlet!

HAMLET. (*Con afectada tranquilidad y contento.*) Será mi esposa? Y gozaré de su amor y sus caricias? Hermosa Ofelia! Yo seré feliz con tus amores, y hallaré entre tus brazos mi calma y mi contento.

GERTR. Y bendeciremos vuestro amor!

HAMLET. Y vuestro esposo, señora?

GERTR. Estará en graves asuntos.

HAMLET. Vamos á buscarle, vamos, que se divierta tambien. Es ya hora de ir á la sala de los espectáculos, á ver el terrible drama que tengo mandado ejecutar. Vamos; tú, Ofelia, te sentarás á mi lado.

GERTR. Y serás felice, Hamlet.

HAMLET. Ya me vereis tranquilo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cuarto de la Reina, y dos retratos de adorno.

ESCENA PRIMERA.

HAMLET.—HORACIO.

HAMLET. Qué me querrá mi madre, Horacio? llamarme así á su habitacion?

HORAC. No tardará en salir; os dejo.

HAMLET. (*Deteniéndole.*) No le observaste, Horacio? Cuándo la turbada vista del delincuente podrá ocultar su crimen! Oh bárbaro, parricida incestuoso! Y mil rayos desatados no toman la horrorosa venganza que arde devoradora ya en mi pecho.

HORAC. Qué turbacion! Cuál se estreñecia...

HAMLET. ¿Qué malvado podria mirar en la escena sus mismos delitos, sin que la ilusion teatral no le llenase de espanto, y conturbados sus ojos no fuesen sus mas implacables delatores? Ah! cuando vió que Gonzago despues de recibir mil mentidos abrazos de su esposa, tranquilo gozaba de las delicias del sueño en un lecho de flores, ¿no le viste ya pálido, ya encendido, trasladarse en sus megillas las angustias de su alma?

:

- HORAC. Estaba á su lado, y hasta sentia las vibraciones de su terror.
- HAMLET. Cuando dormia el infeliz duque, cuando con muda planta y conturbados ojos recorria Luciano los frondosos celajes para evitar fieros testigos; cuando su trémula mano llegaba la ampolla del licor venenoso al oido del inocente, ¿advertiste el impulso que sintió en todas sus fibras el parricida Claudio?
- HORAC. No pudo sufrir por mas el terror, y tuvo que abandonar el espantoso espectáculo.
- HAMLET. Esta noche, esta misma noche verán esos perdididos un espectáculo aun mas horroroso.
- HORAC. Claudio ya os mirará con desconfianza; supondrá que habeis penetrado hasta en lo mas profundo de su corazon, y habeis visto su delito.
- HAMLET. En vano querrá huir del esterminio que mi diestra le prepara. Pero, ay Horacio! mi madre... (*Viendo venir á Gertrudis.*) A pesar de su crimen, aun no la aborrezco.

ESCENA II.

GERTRUDIS.—HAMLET.—HORACIO.

- GERTR. Tengo que hablarte, Hamlet. Retírate, Horacio.
- HAMLET. (*Con disimulo.*) Toma todas las precauciones que te he dicho.
- HORAC. Descansad en mi amistad. (*Se retira.*)

ESCENA III.

GERTRUDIS.—HAMLET.

- HAMLET. Qué me mandais, señora?
- GERTR. Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.
- HAMLET. Madre, muy ofendido teneis al mio.
- GERTR. Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.
- HAMLET. Voy, voy allá... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTR. Qué es esto, Hamlet?

HAMLET. Qué es eso, madre?

GERTR. Te olvidas de quién soy?

HAMLET. No, no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuese así... Ah! sois mi madre.

GERTR. Yo te pudiera hacer hablar con mas acuerdo.

HAMLET. *(Asiéndole de un brazo á Gertrudis.)* Venid, y no saldréis de aquí; no os moveréis sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTR. *(Al ver Gertrudis la extraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla y grita.)* Qué intentas hacer? Quieres matarme? Cielos, socorro!

HAMLET. No, no griteis: venid aquí; no os torzais las manos, y dejad que yo os retuerza el corazon, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres málditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTR. ¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET. Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y arrebatada las flores de la frente hermosa de un inocente amor: una accion capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximára su fin temido.

GERTR. Ay de mí! Y qué accion es esa, qué accion...

HAMLET. *(Señalando los retratos de Claudio y Hamlet que se verán en la escena.)* Veis aquí en esta y esta pintura los retratos de dos hermanos?... Este fué vuestro esposo... ¿Veis ahora el que sigue? le veis bien? ese es vuestro esposo... Y pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo! Ah! lo veis bien!... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia. ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Rebelde infierno! Si así pudiste inflamar las

médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos.

GERTR. Oh Hamlet! no digas mas... Tus palabras me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras manchas que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET. Y permanecer asi entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso! Envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

GERTR. No mas, no mas; que esas palabras como agudos puñales hieren mis entrañas; no mas, querido Hamlet.

HAMLET. Un asesino... un malvado... vil... Inferior mil veces á vuestro difunto esposo. Escarnio de los reyes, usurpador del imperio, que arrebató la preciosa corona....

GERTR. No mas...

HAMLET. *(En furioso delirio, creyendo que vé la sombra de su padre.)* El es! El es!... Mirad qué pálida luz despide. Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras... Ay, no me mires asi, no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTR. Ay triste! En qué piensas que asi diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo! Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se herizan espantosos! Hijo de mi alma, oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria! A quién estás mirando?

HAMLET. No veis nada allí? Miradle... le veis? Ahora se va... Mi padre, con el traje mismo que vestia... Veis por donde va? Ahora llega al pórtico.

GERTR. El desórden que padece tu espíritu, produce esas ilusiones vanas.

HAMLET. Desórden! Mi pulso como el vuestro late con regular intervalo, y anuncia igual tranquilidad en sus compases... Confesad al cielo vuestra

culpa; llorad lo pasado, y precaved lo futuro.

GERTR. Despedazas mi corazon.

HAMLET. Si; pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. No volvais al lecho de mi tio; si careceis de virtud, aparentadla al menos. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará mas fácil la abstencion próxima; y la que siga despues la hallareis mas fácil en todavia. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones, y alejarlas de nosotros con maravilloso poder... Sí, huid su lecho, y cuando aspireis de veras á la bendicion del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion.

GERTR. Despedaza mil veces este pecho, y serás menos cruel.

HAMLET. Porque soy piadoso debo de ser cruel.

GERTR. Muévete á compasion.

HAMLET. *(Con el mayor furor y precipitacion viendo á Claudio.)* Oh, el bárbaro! No puedo tolerar su vista... No haced nada de cuanto os he dicho, nada... Permitid que Claudio hinchado con el vino os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas; y os tiente con sus malditas manos, y os bese con negra boca. *(Marcha precipitado.)*

ESCENA IV.

CLAUDIO, con turbacion.—GERTRUDIS quedará en un profundo abatimiento.

CLAUDIO. Esos suspiros! Esos profundos sollozos! ¿Por qué marchó Hamlet precipitado? Habla, Gertrudis...

GERTR. Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es mas fuerte.

CLAUDIO. Por qué le dijeras su pronto viaje?

GERTR. Oh! no, Claudio... nada le dije... nada le pude decir... porque sabe todo el secreto.

CLAUDIO. Cómo! qué dices!!

GERTR. Dejad que os retuerza el corazon, me repetia,

y sus penetrantes miradas, sus acentos arrancados de lo profundo del pecho, me han herido mas que mil puñales.

CLAUDIO. No me engañé, Gertrudis, no era solo el amor de Ofelia la causa de aquella espantosa melancolía. Y aun cuando viste el atroz espectáculo que representó á nuestros ojos mismos; aun cuando viste en la ejecución todos los pormenores de la muerte de su padre, aun, incauta, creías sus ficciones!

GERTR. Me juraste que solo la callada luna pudo ser allá desde el cielo, mudo testigo del asesinato.

CLAUDIO. Sí, yo te lo juro, ningun mortal, ninguno pudo ver que derramara en su oído el licor venenoso.—Pero, cómo Hamlet!...—Eso me aterra.—Será decreto de la deidad inexorable que jamás queden ocultos los grandes crímenes! Acaso en tristes sueños habremos revelado todo el secreto.

GERTR. Ay Claudio!! Los latidos del corazón me rompen el pecho. Si vieras á Hamlet, ya arrojando fuego por los ojos, ya en locos delirios postrándose ante la sombra de su padre, que veía en su imaginación volcánica! Me asió esta mano, y yo sentía todo el furor de la circulación de su sangre; yo me abrasaba en su incendio; yo, Claudio, he padecido mas crudos tormentos que en las sulfúreas llamas!...

CLAUDIO. Sus ojos amenazantes?...

GERTR. Ah! sí, Claudio, amenazantes, y estos dos retratos absorbieron todos sus sentidos.

CLAUDIO. Dejo dadas todas las órdenes para su embarque; el vagel espera en el puerto, y el noto hinche las lonas. Marchará en el momento; las tinieblas de la noche ya le verán lejano de las playas de Elsingor.

GERTR. Ay Claudio!... Y con tal precipitación le has de arrancar de mis brazos!

CLAUDIO. Y aun por él suspiras! Yo no puedo, Gertrudis, no puedo volver los ojos á Hamlet sin ver armada su diestra de un espantoso acero que vengador me amenace.

GERTR. Cuando la rosada aurora brille en las ondas.....

CLAUDIO. No, sería tarde; tal vez esta noche medita su venganza.—Marchará, marchará, Gertrudis, antes que el sol se precipite en los mares.—Yo lo mando.

GERTR. Y si se opusiera!! bien lo sabes; Hamlet es el idolo de Dinamarca, y el pueblo...

CLAUDIO. Ni el pueblo ni él pueden desconfiar. Públicos son los armamentos de Fortimbrás que acaso amenazan á nuestras playas, y es preciso aprovechar los instantes.

GERTR. Todo lo temo.

CLAUDIO. No, nada temas: Polonio! (*Alto, llamando á la puerta á Polonio.*) Polonio! El mismo Polonio le conducirá á Inglaterra, y Polonio no faltará á sus reyes.

ESCENA V.

Dichos.—POLONIO.

POLONIO. Señor...

CLAUDIO. Si pruebas te he dado de toda la confianza que me inspiras, pruebas me has dado tambien de cuánto la mereces. ¿Te hallarás hoy dispuesto á prestar de nuevo importantes servicios á tu rey y á tu amigo?

POLONIO. Siempre soy Polonio.

CLAUDIO. Bien sabes que organizando Fortimbrás poderosos armamentos, derrama la desconfianza por todas las naciones. Tal vez, por no leves indicios, debemos temer que contra Dinamarca la nube se conjura. Es preciso que sin la menor dilacion, en el momento, yo le pida amistosamente satisfactorias esplicaciones sobre su conducta.

POLONIO. Creo lo mismo, señor.

CLAUDIO. Dinamarca ha sufrido costosas guerras y recientes calamidades; le es necesaria la paz, y deberá evitar todo rompimiento. Con este fin me ha parecido mandar á Hamlet, á Hamlet, que es la primera persona de Dinamarca, á quien Fortimbrás cordialmente ha prodigado el nombre de

amigo, y es preciso que Polonio se encargue del mando de la expedicion.

POLONIO. Si creéis que mi ancianidad será bastante, marcharé gustoso.

CLAUDIO. Sí; y marchareis al momento, esta misma tarde.

POLONIO. He visto la admirable actividad que hay en el puerto, y el pueblo discurre sorprendido no pudiendo adivinar la causa. ¿Pero á qué tanta precipitacion?

GERTR. Es verdad; al romper mañana la aurora...

CLAUDIO. No, todo está pronto; esta tarde. En negocios de importancia son inestimables los momentos: esta tarde ha de ser.

POLONIO. Polonio está dispuesto.

CLAUDIO. Escucha: el pueblo que penetra en los palacios mas de lo que creemos, está acaso en el secreto del amor de Hamlet y Ofelia; pudiera creer que era forzada la marcha del Príncipe: Hamlet furioso de amor, querido del ejército, pudiéramos hallar obstáculos. Pero tú calmas todas las inquietudes; el pueblo no desconfiará cuando te se vea á la cabeza de la tripulacion, y nadie mas interesado que Polonio en conservar su honor puro.

POLONIO. Costoso me es, señor; pero os obedezco, marcharé.

CLAUDIO. Sí, Polonio, en tus virtudes y en tu lealtad fio la pronta llegada de Hamlet á Inglaterra. Búscaale ahora; dile que venga, y tú está preparado á la señal primera.

POLONIO. Sereis obedecido.

ESCENA VI.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.

GERTR. Oh Claudio! tú no has visto á Hamlet; no has sentido todo su furor; aun no te ha abrasado con su mano. Yo no podré soportar su vista: no podré volver á escuchar su voz de trueno. Huiré de sus miradas, y marchará, marchará sin que le dé su madre el último adios!

CLAUDIO. Tan débil has de ser!

GERTR. Ah! si le oyeras...

CLAUDIO. Tus persuasiones tendrán en él mas fuerza que las mias; por tu amor te lo ruego, háblale tú tambien, evita las funestas consecuencias de verme desobedecido. Claudio es inexorable, el huracan brama, y estallará el volcan. El rompimiento te costaria el esposo ó el hijo.

GERTR. Sé, Claudio, demasiado todos los horrores que me amenazan; sé lo ingrato que respondes á tanto amor.

CLAUDIO. Porque te adoro soy inexorable. Marchará Hamlet y gozarás de mis caricias en la mas plácida calma.

GERTR. En la mas plácida calma!!...

CLAUDIO. Y aun otra vez levantara la diestra para precipitar en el sepulcro al que arrancaba nuestro contento... Pero Hamlet... Finjamos; acuérdate de tanto amor y de tantas caricias.

ESCENA VII.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—HAMLET *siempre melancólico.*

CLAUDIO. Un asunto, Hamlet, de la mayor importancia, me ha precisado á llamarte con premura.

GERTR. Pero levanta la frente; no quieras labrarte una temprana muerte que aun haga á tu madre mas desgraciada.

HAMLET. Yo levantar la frente!... Desdichado del que tienda en derredor penetrantes miradas!

GERTR. Consuela tu afliccion.

HAMLET. Tal vez no estará lejos mi consuelo.

CLAUDIO. Escucha, querido Hamlet, Fortimbrás ha sido tu amigo, Fortimbrás te ama.

HAMLET. Amar!!... Ya el amor está proscrito de la tierra... La ambicion, la ambicion... Yo solo quiero aborrecer y ser aborrecido!

CLAUDIO. No asi te precipite tu melancolia; escucha, escucha á un Rey que busca la felicidad de su pueblo.

HAMLET. Ya, Polonio, aunque con precipitacion, me ha enterado de vuestros designios.

GERTR. Y qué pensaste, hijo mio?...

CLAUDIO. El pueblo danés espera de su Príncipe este sacrificio.

GERTR. El sensible Hamlet siempre ha adorado á su pueblo.

CLAUDIO. Habrás resuelto?...

HAMLET. Partir...

CLAUDIO. Oh amado Hamlet! en dias mas felices gozará Dinamarca de tus virtudes. La ausencia será corta, y volverás á nuestros brazos y á los brazos de tu pueblo, ceñido de mas hermosos laureles que los que se recojen en los campos de las lides.

HAMLET. *(Con vehemencia.)* Marcharé, marcharé para no volver á hollar esta imágen del averno, para no volver á respirar esta pestilente atmósfera; para no volver á mirar esos tenebrosos jardines. Marcharé, marcharé; surcaré los espumosos mares; buscaré remotos climas; me sepultaré en los hórridos desiertos en que no me fatigará la memoria de mis nativas playas. Marcharé, marcharé; al puerto, al puerto. *(Sale precipitado, y Claudio y Gertrudis le siguen.)*

CLAUDIO. Si marcharás... aprovecharemos su delirio.

GERTR. Piedad, deidades!'

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Gran salon de palacio: en el fondo se distingue en trasparente la grande orgia de un banquete; á la izquierda la puerta de un oratorio. Noche.

ESCENA PRIMERA.

Varios CABALLEROS, Militares, etc.; en el fondo un centinela.—HORACIO paseando distraido por el escenario. En el banquete que se descubre, se advierte grande movimiento, y entonar los brindis siguientes cantando:

Rueden las copas,
fermente el vino,
loco y sin tino
brinde el galan
por los amores
de su hermosura,
que es la ventura
mas celestial.

UN CAB. Magnífico es el banquete; digno de la augusta magnificencia de Claudio.

OTRO. Cuál fermenta ya el vino en las cabezas de los ilustres varones! gran noche nos espera!

OTRO. Entremos, amigos; no avancen demasiado esos malditos y lleguemos solo á los despojos.

TODOS. Viva el vino y la alegría! (*Entran todos al banquete, y son saludados adentro con estrépito.*)

ESCENA II.

HORACIO.—OFELIA, *que entra.*

HORAC. Y esta es la córte del venerable Rey Hamlet!
Qué orgía! qué escándalo!

OFELIA. Horacio, Horacio, tú estarás en todo el secreto!

HORAC. Yo solo estoy dudando de cuanto me rodea y
de cuanto veo.

OFELIA. Y marchó Hamlet, marchó Hamlet sin haberme
dado el postrimer adios... Tú viste la actividad
para el apresto de los bageles; con la velocidad
del huracan surcaron las ondas sin haber espe-
rado el albor del nuevo dia. Compadece, Hora-
cio, á una infelice que á un tiempo la suerte le
arrebata á su Hamlet y á su padre.

HORAC. Créeme, Ofelia, nada sé de la veloz partida.
Claudio teme á Hamlet, y Hamlet era preciso
que marchára. Qué admiracion! Cuando esta
noche se preparaba á dar á su padre grandes
pruebas de su amor, marcha precipitado.....
Pero Polonio que manda la escuadra, habrá
podido enterarse de lo que tanto nos admira.

OFELIA. Conoces la reserva de mi padre; conoces su ca-
rácter inexorable. Parto, solo me dijo; no sé
cuando volveré á tu lado; pero jamás olvides
que eres la hija de Polonio. En vano le pregun-
té, supe que Hamlet partia, vuelo al puerto, y
mi padre airado me mandó retirar á palacio.

HORAC. No dejé que vieras á Hamlet?

OFELIA. No, Horacio, no; y desdichada oia las aclama-
ciones con que el pueblo y la tripulacion salu-
daban al Príncipe. Tambien oí entre los marinos
en voz confusa, «embarquemos á Ofelia,» y
entonces mi padre redobló su aspereza, y me
hizo conducir á esta morada.

HORAC. (*Con misterio.*) Embarquemos á Ofelia?

OFELIA. Sí, pero el rumor duró pocos momentos; el
viento hinchó las lonas, y desaparecieron entre
las tinieblas de la noche.

- HORAC. No puedo, hermosa Ofelia, penetrar este arcano.
OFELIA. Buscaré á los reyes; mi padre ha marchado y puedo muy bien preguntarles sin que mi turbacion toda se atribuya al amor del Príncipe.
HORAC. Sí, corre, Ofelia; yo no puedo abandonar la guardia: luego nos veremos.

ESCENA III.

HORACIO.

Y Hamlet pudo detener su partida hasta la nueva aurora, y Hamlet partió cuando ya levantaba el golpe para vengar á la irritada sombra de su padre... Sus estrechos abrazos, sus errantes ojos me indicaban mil misterios. Hamlet no pudo olvidar la venganza, ni faltar á sus sacros juramentos.

ESCENA IV.

HORACIO.—CORNELIO.

- CORNEL. Horacio?
HORAC. Querido Cornelio.
CORNEL. Tu semblante conturbado aumenta mis recelos.
HORAC. Sí, Cornelio, marchó Hamlet; pero no sé que me dijo en su mudo lenguaje.
CORNEL. No le mereceríamos su confianza.
HORAC. Sí, escucha... Ya estás en todo el secreto. Claudio fué el matador de su hermano, y Hamlet ha jurado á su padre una espantosa venganza. En vano el Príncipe ha querido ocultar sus proyectos á las penetrantes miradas del regicida. Su macilenta frente, sus inflamados ojos, su amenazadora voz, todo le llenaba de terror al solo aspecto del vengador de su crimen. Dispone una mentida embajada, Hamlet habia de ser el portador del mensaje para calmar la inquietud del regicida.

- CORNEL. Y marchó Hamlet, y todo se ha perdido.
- HORAC. No, no es posible; tú conoces á Hamlet; penetró desde luego todo el plan del tirano, y corrió á mis brazos. Yo me embarco, dijo; así conviene, pero estiende la voz entre los marinos de que me alejan de Elsingor para que pierda á Ofelia; y entre once y doce haz que esté de centinela en el fondo nuestro amigo Cornelio.
- CORNEL. Hamlet sabrá llevar su plan á cabo.
- HORAC. Pero manda Polonio la tripulacion de los bageles; Polonio tan inexorable en el cumplimiento de los mandatos de Claudio; Polonio, que padre de Ofelia, calmará las inquietudes que yo derrame entre los gefes y soldados. *(El reló da las once.)* Pero son las once; relevaremos el centinela; ven, Cornelio. *(Relevan la centinela que se vé en el fondo, queda Cornelio en lugar del que estaba, que marcha; despues Cornelio y Horacio vuelven á la escena.)*
- CORNEL. Los justos dioses que han querido rebelar al incestuoso regicida, querrán tambien levantar el golpe vengador...
- HORAC. Están cumplidas las órdenes de Hamlet.
- CORNEL. No tienes alguna consigna particular que darme?

ESCENA V.

Dichos.—HAMLET, con armadura y la visera caida.

HAMLET. Horacio!!

HORAC. } Ah!! *(Como reconociendo la voz.)*

CORNEL. }
HAMLET. *(Alzándose la visera.)* Yo soy.

HORAC. Vos sois, amado Príncipe!! Cuando os creiamos surcando los abismos.

HAMLET. *(Con vehemencia.)* Y en vano la veneranda sombra rompiera la losa sepulcral, cruzára el éter, y clamara venganza!! Estamos solos?

CORNEL. Sí, Príncipe.

HAMLET. Aun no han venido á estos salones los regicidas?

HORAC. Mirad: les esperan los placeres del banquete.

HAMLET. Sí; la crápula de los banquetes; la orgia del infierno!

HORAC. Pero no surcábais los mares para Inglaterra?

HAMLET. Apenas entre las tinieblas de la noche perdimos de vista las playas «Traicion, clamé, Fortimbrás no amenaza á Dinamarca, es mi amigo, y no es esta la causa del mensaje. Yo amo á Ofe-
lia, Claudio se opone á mi amor, y ha persuadido á Polonio que seré de su honor la mancuella, y el mentido mensaje solo tiene por objeto arrebatarla de mis brazos. En la playa me espera; daneses, si amais á vuestro Principe, acompañadme á la playa, que la quiero estrechar en las aras entre mis brazos, y en algun dia harán vuestra ventura sus virtudes.» A la playa, á la playa! fué el grito de la tripulacion; en vano Polonio se opuso valiente á mi querer: quedó arrestado de mi orden; salté á una pequeña lancha con cinco amigos; los bajeles me esperan anclados; y á favor de la noche desembarqué lejos del puerto entre las ruinas de la muralla, y con la visera caida, confundiéndome con las guardias, he penetrado hasta esta mansion de horror sin ser conocido!

HORAC. El cielo os protege.

HAMLET. Polonio incomunicado no puede dar parte alguno; tranquilo el bárbaro, creyendo que surcó el hondo abismo, se entregará á las nefandas delicias, y allí sumergido en el crimen, caerá al golpe vengador.

HORAC. Ya Cornelio hacia la centinela.

CORNEL. Jurando morir por su Principe.

HAMLET. Sí, ahora ocuparé la guardia del fondo, y con la visera caida no soy conocido. Tú, Horacio, seguirás como sumiller por estos salones; Cornelio buscando á Marcelo prepararán las guardias, y presentándote con esta credencial á Teodoro (*Dando un papel á Cornelio.*) que en la lancha me ha acompañado, obrareis conformes.—Se sienten pasos, adios; recordad que brama en mi pecho el huracan de la venganza. Marcha, Cornelio. (*Cornelio marcha; Hamlet, cayéndose*

la visera, ocupa la centinela del fondo; y Horacio pasea en lo interior del salon.)

ESCENA VI.

CLAUDIO—GERTRUDIS—OFELIA, *que entran.*—HAMLET *con la visera caída, que ocupa la centinela del fondo, á la puerta del banquete.*—HORACIO *que pasea en lo interior del salon.*

CLAUDIO. Nada temas, Ofelia; en breve volverás á los brazos de tu padre.

GERTR. Y al amor de Hamlet.

OFELIA. En tanta precipitacion ni Polonio me tendió sus brazos cariñosos, ni Hamlet sus tiernas miradas. Ah! es presagio fatal! el corazon no me engaña, no volveré á mirar mis dulces prendas!

CLAUDIO. Calma tu agitacion, yo te lo juro.

GERTR. Concertarán con Fortimbrás amistosos convenios, y cubiertos de gloria volverán á Elsingor, y Ofelia será felice.

OFELIA. Así lo quiera el Dios de los justos, pero las abundantes fuentes de mis ojos presagian mi destino...

ESCENA VII.

CLAUDIO—GERTRUDIS—HAMLET—HORACIO, *en las mismas actitudes.*

GERTR. Y solo el lúgubre llanto ha de reinar en esta mansión de horror!

CLAUDIO. No, Gertrudis; ya solo reinarán la alegria y las caricias: Hamlet, surcando las espumosas ondas, no nos llenará de inquietud y sobresaltó: en los brazos del sueño, felices veremos la pálida luna recorrer la tachonada bóveda, y la aurora nos verá tranquilos. El banquete nos espera: vamos, Gertrudis: brindaremos por las delicias.—Pero lloras...

GERTR. Nuestra atroz culpa... su hedor sube al cielo llevando consigo la maldición mas terrible.

CLAUDIO. *(Con desprecio.)* Desdichada!!

GERTR. Pero aunque teñidos en la inocente sangre, sí, Claudio, no faltará en los piadosos cielos suficiente lluvia para volvernos cándidos como la misma nieve. Postrémonos ante las aras, alcemos los ojos al cielo, y quedará borrada nuestra culpa. *(Queriéndole llevar al oratorio.)*

CLAUDIO. Mañana, á la aurora, haremos sacrificios en las aras. Vamos ahora al festin; tiempo hace que no gozamos tranquilos: brindaremos por el feliz viaje de Hamlet; yo siempre á tu lado brindaré por el amor. *(Queriéndola llevar al festin.)* Vamos.

GERTR. Ah, no! Dobleemos ante el ara nuestras tenaces rodillas, purifiquemos nuestra conciencia ennegrecida con sombras de muerte. Sí, Claudio, por tanto amor, por tanto crimen: yo te lo ruego... *(Queriéndole llevar al oratorio.)* Vamos.

CLAUDIO. Oh mujer débil!! Marcha á derramar tu estéril llanto sobre el frío pavimento de ese oratorio: publica ahí tu crimen y tu debilidad, que á mi me espera la córte, y me brinda con sus obsequios, y el festin con sus placeres. Brindaré por tu santa conversion, Gertrudis; brindaré por tu inocente llanto y por tu amor á tu esposo. *(Se entra al banquete.)*

GERTR. Y marcha y me aborrece!—Piedad, piedad, deidades! *(Entra en el oratorio.)*

ESCENA VIII.

HAMLET.—HORACIO.

(Dentro en el festin.)

Viva Claudio! Viva Claudio!

(Cantando adentro los del festin con grande estruendo; Hamlet y Horacio se adelantarán en tanto á la escena observando.)

Salud por Claudio,
que corra el vino,
que pierda el tino
el bebedor.

HAMLET. *(Mirando al banquete.)* En la orgia, si, en la orgia... Ya estalla el volcan que me devora, ya siento en mi sangre la nerviosa robustez de la venganza... *(Mirando á Gertrudis, enagenado.)* Y se postra ante las aras, y levanta sus palmas al cielo. Ay madre!!

HORAC. Tranquilidad, Principe; la perfidia reina en estos salones.

HAMLET. *(Siempre enagenado y con vehemencia.)* Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios; á esta hora vaga la venerable sombra, y vuelve luego á los sulfúreos tormentos, y Claudio rie en las orgias... Pero mi madre, Horacio... mira á mi madre: tal vez manda el cielo sobre ella el rocío del arrepentimiento... A pesar de su crimen, aun no la aborrezco: no temas, no, que caiga sobre tu cabeza mi venganza.

HORAC. Sus plegarias suben al cielo.

HAMLET. Este es el momento, Horacio: en medio de la orgia!... *(Se oye constantemente la crápula confusa del festin.)* El sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que el mayo tiene flores, y terrible

ha sido su sentencia: ahora, que respira en el crimen, que caerá precipitado al profundo, y su alma quedará negra y maldita como el infierno que ha de recibirle.

HORAC. Hamlet, Hamlet, aseguremos el golpe.

HAMLET. Augusta sombra! sonrie en tus tormentos, y ven á presenciar tu venganza. Maldicion, incestuoso regicida, maldicion! (*Tira con violencia su casco contra los cristales que dividen la sala del festin: al ruido estrepitoso saldrán corriendo los convidados y Claudio de los primeros, que le asegura Hamlet con la espada desnuda.*)

CLAUDIO. Traicion, traición!... Guardias!

HAMLET. No. Venganza, venganza!!

CLAUDIO. (*Reconociendo á Hamlet, caerá aterrado de rodillas á sus piés. Todo con rapidex en estos momentos.*) Oh!!

GERTR. (*Saliendo aterrada del oratorio y viendo á Hamlet y á Claudio, cae postrada ante ellos. Todos los de la escena quedarán inmóviles.*) Oh Dios! Oh Dios! Hijo! Hamlet!

HAMLET. Malvado!! (*Le hiere.*) Él fué el matador de mi padre; su sombra vaga por Elsingor pidiendo venganza: el cielo ha revelado su crimen, y yo soy el vengador del cielo.

GERTR. Compasion! Compasion!! (*Grande ruido en el interior: entran amotinados, guardias y pueblo, repitiendo:*) Viva Hamlet! Muera Claudio!

HAMLET. El cielo y Hamlet están vengados.

FIN DEL DRAMA.